

EL CATOLICISMO POPULAR EN EL SUR DE ESPAÑA

DOCUMENTO DE TRABAJO PARA LA REFLEXIÓN PRÁCTICA PASTORAL

INTRODUCCIÓN

LA RENOVADA PREOCUPACIÓN DE LA IGLESIA POR LA RELIGIOSIDAD POPULAR

1. LA EXPRESIÓN «RELIGIOSIDAD POPULAR»

La situación religiosa del mundo actual ha traído al plano de las prioridades pastorales de la Iglesia un hecho de primera magnitud tan extenso, complejo y heterogéneo como el de las mismas multitudes humanas, que suele designarse con la expresión convencional de «religiosidad popular». Es tema de interés universal. En nuestras diócesis del sur de España tiene importancia singular, características propias y gran trascendencia pastoral.

Cuando se quiere precisar de qué y de quienes se habla al usar esta expresión aparecen notables dificultades, porque las realidades religiosas populares presentan en cada continente y nación, o en las distintas regiones de cada país, formas muy diferentes, en las que entran elementos de muy diversa naturaleza, influencia y valor. De esa variedad de contenidos provienen, en gran parte, los distintos modos de concebir y de evaluar la religiosidad popular.

Otras dificultades provienen de la diversidad de preocupaciones y de presupuestos que dominan la interpretación de estos hechos. Recientemente, en sociología y en pastoral se han formulado diversas teorías, con mayor o menor rigor científico. Valoramos y alentamos con todo encarecimiento cualquier investigación crítica seria, en la medida en que contribuya a aportar luz a la acción evangelizadora y evite que el tema se convierta en motivo o arma de lucha entre grupos y tendencias.

También es difícil precisar quién es el sujeto de la religiosidad popular. Hay algunos que lo reducen, desde el punto de vista sociológico, a las gentes menos dotadas de ingresos, estudios o poder en la sociedad. Sin embargo, los rasgos de este tipo de religiosidad aparecen también en las vivencias y comportamientos de no pocos que, en otros órdenes de la cultura, del poder o posición social pertenecen a los grupos selectos y no a las masas.

En un intento de aproximación a la realidad, y solamente a efectos de centrar la reflexión pastoral práctica, nos vamos a referir en este documento, desde el punto de vista religioso, al conjunto de fieles que participan de un modo más irregular y menos instruido en los diferentes aspectos de la vida de la Iglesia.

2. OBJETO DE ESTE DOCUMENTO

Habida cuenta del fenómeno global de la religiosidad popular y del problema de fondo que crea en todas partes, de sus muchas formas y de las variadas interpretaciones teóricas a que ha dado lugar, aquí, concretamente, nos vamos a referir a las realidades de nuestras regiones del sur de España y en los momentos actuales. La tradición religiosa predominante durante muchos siglos nos invita a designarla con el nombre específico de «catolicismo popular».

Nuestro objeto es:

- Promover el estudio acerca de su naturaleza y elementos.
- Proponer algunas observaciones que puedan ayudar a formar un concepto aproximado de su significación.
- Aportar, en lo posible, algunas líneas prácticas pastorales para su renovación y desarrollo evangélico.

Nos adentramos en este trabajo con respeto a nuestro pueblo, con deseo de servirle en nuestra misión evangelizadora y no sin temor, porque somos conscientes de que el tema es delicado, de grave importancia pastoral y gran dificultad por lo complejo de sus implicaciones.

Pero, por otra parte, no podemos limitarnos a la mera transcripción a la letra de los análisis y esquemas, que pueden ser válidos, sin duda, para otros países, incluso de larga tradición católica en Europa o en América. Creemos necesario un análisis específico para nuestro país y región si no queremos correr el riesgo de oscurecer y complicar más aún una cuestión de suyo compleja y de hacer más vulnerable una realidad tan expuesta todo género de falseamientos, manipulaciones o pasividades evasivas.

3. MOTIVOS PARA UNA NUEVA REFLEXIÓN SOBRE EL TEMA

El Sínodo de los Obispos de 1974 recogió la preocupación que suscita en amplios sectores de la Iglesia este problema de la religiosidad popular respecto de la evangelización de los pueblos. La prioridad pastoral que, entre otras urgencias y en conexión con ellas, dio a esta cuestión no significa un cambio en la orientación fundamental de la acción pastoral o una estrategia de repliegue a zonas aparentemente menos problematizadas. Por el contrario, se inscribe en el esfuerzo general de renovación eclesial, que exige la elevación del nivel de la religiosidad popular.

3.1. El catolicismo popular es parte del ser eclesial

En primer lugar, el catolicismo popular forma parte de la vida y comunidad de la Iglesia. Sería impropio decir que ésta se sitúa «ante» esas realidades populares, puesto que las lleva en su seno y las siente formando parte de su ser. De ahí que el crecimiento armónico de todo el Pueblo de Dios reclame la promoción evangélica popular. De otro modo quedaría escindido en dos esferas de difícil comunicación entre sí y erizadas de malentendidos mutuos.

En el ejército del ministerio pastoral o de las responsabilidades apostólicas, en inmediato y cotidiano contacto con las realidades religiosas populares, sienten muchos una honda insatisfacción respecto del grado de preparación de los fieles o de las expresiones religiosas habituales y masivas. Por su parte, también los movimientos cristianos más avanzados han hecho la experiencia de un distanciamiento entre los grupos más comprometidos y la capacidad de las masas para comprenderlos y seguirlos, aunque paradójicamente les reclamen compromisos concretos con su situación en la sociedad.

3.2. Necesidad de equilibrio entre masas y minorías

En segundo lugar, en la práctica pastoral se siente el problema del equilibrio entre la atención a la generalidad de los fieles y el cultivo específico de minorías militantes. No

podemos admitir la opinión de que el catolicismo ha de ser un minoritario «resto» puro en medio de las masas. La Iglesia jamás ha renunciado a congregar en su seno a las multitudes para vivir con ellas su misterio y su historia. Pero, por otra parte, siempre ha procurado hacerlas fermentar mediante la levadura de comunidades evangélicamente muy vivas, capaces de ayudarles a asumir las transformaciones sociales y a superar las crisis históricas por las que atraviesan al correr de los siglos del pueblo y la Iglesia.

3.3. El catolicismo popular está en constante transformación

El catolicismo popular es, en fin, una realidad viva y no una categoría tradicional fijada, de una vez para siempre, en cierta etapa histórica. El cambio social afecta también a la religiosidad de los medios populares, ya que no son una masa estática, sino sectores vivos de una sociedad, en transformación, en los que se están produciendo crisis, a veces muy profundas. Muchos de los soportes sociales en que descansaban los valores religiosos populares han desaparecido o han cambiado sustancialmente; han surgido nuevos valores de vida que han de ser asumidos cristianamente; las masas reciben sin cesar el impacto de encontrados factores que provocan en ellas tensiones y problemas. A la exigencia de purificar el hecho religioso popular se une la de encontrar expresiones religiosas adaptadas a las nuevas situaciones del pueblo y la de traducir el Evangelio en el modo concreto de pensar y de vivir popular.

En los siguientes capítulos de este documento tratamos de contribuir a la reflexión sobre el fenómeno de la religiosidad popular en nuestra región, sin pretensión alguna de establecer nada definitivo ni decisorio. Nos anima el deseo de comprender mejor a nuestro pueblo para poder sacar algunas consecuencias pastorales, en orden a su renovación cristiana, mediante una más adecuada acción evangelizadora.

PRIMERA PARTE

ELEMENTOS PRESENTES EN LAS EXPRESIONES DE NUESTRO CATOLICISMO POPULAR

4. PRESENCIA FUNDAMENTAL DE LA FE CATOLICA

En nuestro catolicismo popular aparece, ante todo, la presencia básica y decisiva de elementos de verdadera fe cristiana. Es cierto que, con frecuencia, los hallamos deformados, incipientes o sin madurez, y que los modos subjetivos con que los entiende esa fe popular no coinciden perfectamente con los contenidos revelados y requieren una profundización catequética. Pero, no obstante, se trata de fe verdadera en Cristo y no tan sólo de anticipaciones preevangélicas que estuvieran revestidas de manera puramente externa con imágenes cristianas o que hubieran cristalizado con el tiempo en tradiciones populares de apariencia cristiana.

Hasta tal punto es esto verdad, que la situación religiosa de nuestras regiones puede definirse, de hecho, por el catolicismo popular que es propio y peculiar de sus gentes. Sobre esa realidad global de base descansa cuanto existe, a los demás niveles, en nuestras Iglesias diocesanas. Por eso, en nuestro medios populares, la evangelización puede y debe partir de la fe que existe realmente en el pueblo. Hay que buscarla en cuantos signos, manifestaciones, testimonios y compromisos abiertamente cristianos se

exprese, por imperfectamente que sea, y a hay que educarla explícitamente como tal fe católica.

No nos encontramos, por lo general, ante un medio ambiente en el que haya que limitarse a cultivar semillas previas, valores humanos y religiosos auténticos no cristianos o justas luchas de liberación. Todo esto es parte integrante, sin duda, de la evangelización, pero aquí, en nuestra situación, puede ser exigido en nombre de la fe.

5. PERVIVENCIA DE RASGOS DE RELIGIONES NO CRISTIANAS

Con esa presencia primordial de elementos genuinos de la religión católica se pueden observar también, en nuestro catolicismo popular, ciertos modos de interpretarla y de vivirla que revelan, a veces muy claramente, rasgos heredados de las distintas religiones que se establecieron aquí y lograron configurar la religiosidad de pasadas generaciones, sus huellas perviven con la tenacidad característica de las formas religiosas populares.

Andalucía, en especial, ha vivido a lo largo de los siglos muy intensas y diversas experiencias de «religión». Con dramáticas alternativas de pluralismo o de intolerancia, han predominado desde muy antiguo las formas de «religiones de sumisión», caracterizadas por el ejercicio de prácticas externas fuertemente institucionalizadas y por comportamientos sociales y legales sujetos a sanciones jurídicas y políticas no menos rígidas y externas. Impuestas unas veces por el poder social y político de la oligarquía colonizadora o conquistadora, y otras por el fanatismo de la comunidad creyente y combatiente, respondían a unas concepciones religiosas muy vinculadas al orden sociopolítico de «su mundo» y estaban escasamente abiertas a una fe personal, basada en la conversión interior, la decisión libre y la responsabilidad de conciencia.

La acción evangelizadora actual de la Iglesia católica, al tratar de configurar la religiosidad de la presente y futuras generaciones, no puede ignorar este dato histórico, que también deberían tener muy presente los historiadores críticos de la Iglesia en nuestro país. No se puede minusvalorar su multisecular impacto en el pueblo ni en las sucesivas formas históricas del cristianismo español.

6. LAS RAÍCES PRIMORDIALES DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

6.1. La experiencia popular de lo sagrado

Bajo todas las construcciones religiosas, sean primitivas o modernas, hay siempre un substrato de religiosidad primordial y originario, que está en la radical condición de la existencia humana y en los cimientos mismos de la vida colectiva de la humanidad.

A ese nivel profundo hacen los grupos humanos y los pueblos las experiencias específicamente religiosas. En ese fondo fértil arraigan todas las religiones, que no se proponen otra cosa, al menos inicialmente, sino cultivar y liberar el espíritu de religiosidad del hombre e impulsar el proceso de crecimiento religioso de la humanidad. Igualmente, a ese nivel humano último sobreviene y se inserta, como don absolutamente gratuito, la Revelación cristiana, que orienta y conduce el proceso religioso en su verdadera dirección.

Hoy día, la reflexión pastoral prefiere dejar a un lado las ideas y las cuestiones sobre la religión «natural», de índole racional y filosófica, y considera más significativo el esfuerzo para comprender el sentido que tienen los fenómenos concretos de la

religiosidad popular, tal como es vivida, de hecho, por unos determinados seres humanos en el seno de su comunidad respectiva y en cuanto miembros de ella. Es esta esfera, el protagonista religioso es ciertamente el pueblo, en su totalidad activa, desde sus miembros más destacados hasta los más humildes; el modo de vivir personalmente en el seno de la comunidad exige que cada uno aporte su contribución al concierto multiforme y policromo, típico de las creaciones realmente populares.

La médula de esa religiosidad popular es puesta por muchos estudiosos del fenómeno en el conjunto de actitudes colectivas que se toman ante unas especialísimas situaciones en las que un grupo humano hace sus experiencias de descubrimiento de lo sagrado y misterioso que se le ha hecho presente en ciertos sucesos, fuerzas y fenómenos de este mundo. Trata entonces de expresar esas experiencias en símbolos evocadores de ellas; como material simbólico toma todo lo que le parece apto a su alcance (cosas, seres vivos, acontecimientos, personas...) y lo carga de sentido, para que le recuerde y represente su contacto o encuentro con lo divino, el acto de presencia en que se le manifestó gratuita e inesperadamente. Más aún: tiene la convicción de que el encuentro volverá a realizarse pasando por la mediación de esas expresiones simbólicas.

En esta manera de explicar las cosas de la experiencia religiosa popular, el catolicismo aparecería como la definitiva religiosidad del Pueblo de Dios único, vivo y verdadero, que se hace presente en la humanidad en Jesús. Ese Pueblo vuelve sin cesar a Cristo, como Mediación y Sacramento fundamental, a través de todos los signos y expresiones (ahora realmente eficaces) del Misterio cristiano, en cualquier orden de realidades del mundo y de la vida en que se manifiesta la presencia de Dios, incluso en formas no institucionales, suscitadas por la espontaneidad del Espíritu del Señor.

6.2. La religiosidad y los valores fundamentales de la vida humana

Ahora bien: tales experiencias de lo sagrado se viven, siempre y necesariamente, en relación con las realidades y valores, los ritmos y momentos primarios y fundamentales de la vida humana (familia, trabajo, medio físico y cultural, convivencia, luchas, ideales, etc.) y, sin embargo, también en clara ruptura con lo que esa vida tiene de cotidiano y sin más horizonte que el de este mundo y la historia simplemente humana dentro de sus marcos. Ese horizonte se abre cuando lo divino se hace presente y los hombres descubren una realidad superior y absolutamente otra, más allá de todo lo de aquí.

La religiosidad popular auténtica hunde sus raíces hunde sus raíces en las realidades de fondo de la existencia: la vida, la muerte, el amor, el sufrimiento, la alegría, el poder, el trabajo, el tiempo, etc. Y en su aspecto ético, se nutre siempre de vivencias colectivas de los grandes valores humanos: la libertad, la verdad, la solidaridad, la justicia, la dignidad personal, los derechos y deberes básicos, etc.

Todo hace pensar, por eso, que los rasgos del más profundo modo de ser de un pueblo pueden reconocerse tanto en las expresiones culturales auténticas como en su religiosidad sincera, en la que se manifiestan los valores y afanes, los dolores y esperanzas colectivas. La religiosidad popular los dolores y esperanzas colectivas. La religiosidad popular constituye uno de los accesos más directos y penetrantes hasta el corazón y el ser de un pueblo. De aquí también que el pueblo se reconozca en aquellas formas y expresiones que le evocan sus experiencias religiosas y que le permiten realizar sus valores humanos. En fin, tal vez por eso se entrelazan de modo tan íntimo las problemáticas de la religiosidad popular y de sentido y destino de la humanidad en la historia, y aparecen tan implicadas, hoy día, la búsqueda de nuevas formas religiosas

con los ensayos de una nueva comprensión y realización del hombre y de una calidad de vida que se sitúe a nivel de fines y no sólo a nivel de medios.

6.3. Realización religiosa de los valores de nuestro pueblo

La religiosidad de fondo de nuestro pueblo, tantas veces y de tantos modos configurada a lo largo de la historia de sus religiones, ha recibido finalmente la forma peculiar actual de su catolicismo popular. En él están llamados a realizarse los más ricos valores de su modo de ser y, recíprocamente, en él se ponen de manifiesto muchas constantes de toda religiosidad popular auténtica. Para la educación y desarrollo evangélicos de la conciencia religiosa de nuestro pueblo, es importante reconocer aquellos valores y estas constantes profundas y saber el modo de superar las tareas que los bloquean.

Aquí es el momento de señalar los grandes valores humanos base del carácter regional. Caracterizan a nuestro pueblo su honradez y limpieza moral y su inteligente laboriosidad, unidas a la seriedad y dominio de sí y de su vivísima emotividad; su mesura y buen sentido, su estimación de la cultura y su gozo ante la belleza; la intensidad con que vive el presente y su profunda filosofía de la vida y de la muerte. Le caracteriza también su cordial capacidad de apertura y acogida, su excepcional facilidad para la comunicación y el diálogo, su generosa y valiente solidaridad, junto con un pronto espíritu de servicio, ayuda y comprensión, su fortísimo y entrañable afecto a la familia. Le caracteriza, en fin, entre otros muchos valores, su fértil ingenio y viveza rápida de comprensión y de expresión y su gran capacidad de síntesis; una natural distinción y dignidad que revisten de finura, señorío y buen gusto aun a las personas de más humilde condición; un alegre sentido de la fiesta y un inagotable buen humor para sobreponerse a las penas, admirablemente armonizado con su seriedad para afrontar serena y juiciosamente las cuestiones serias de la vida, con su entereza para aceptar reveses y desgracias, y con su larga paciencia para soportar las privaciones, las humillaciones y las discriminaciones injustas que lleva consigo la inveterada y dura situación regional, resultante de muchos avatares históricos, opresiones endémicas y estructuras insolidarias.

No es menos cierto que estos valores están muchas veces bloqueados, como decimos, por lamentables taras colectivas, psicológicas o morales, que es preciso tener el valor de decirle al pueblo, por doloroso que resulte, si de veras se quiere su liberación humana y cristiana y borrar la imagen que otros han formado de él. Tales son: una cierta desidia indolente, la tendencia a un fatalismo conformista, un individualismo fortísimo... Sin embargo, preferimos destacar ahora los valores que dan firme base y que estimulan un esfuerzo de superación dejando abierta la tarea de una reflexión por contraste entre las posibilidades y las deficiencias de la colectividad regional.

6.4. Algunos elementos de religiosidad básica en nuestro catolicismo

6.4.1. *Exaltación ritualista de los momentos solemnes de la vida*

La conciencia religiosa de nuestro pueblo busca, y con mucha razón, el modo de exaltar ritualmente los momentos solemnes de su vida y obtener sobre ellos la bendición divina; con certera intuición lo encuentra en los cultos cristianos con la seriedad y hondura deseadas. Tal vez esté ahí la raíz del fenómeno de los llamados «católicos de las cuatro estaciones de la vida» y el sentido positivo con que estarían motivados por

deseos rituales dignos de respeto y de valoración pastoral como base de una profundización catequética. Aunque este rasgo no sea diferencial de nuestra región, puesto que, más o menos acentuado, se presenta en todas partes, lo destacamos aquí porque también entre nosotros se debería evitar la tendencia a considerarlo sospechosos y negativo.

6.4.2. Tendencia a lo devocional

Más característica y acusada que ese afán ritual, nuestro catolicismo popular presenta una tendencia a lo devocional, probablemente debida a sentir la necesidad de expresiones más accesibles para él que las fórmulas litúrgicas, cuyo lenguaje bíblico y teológico no consigue comprender en directo y cuyo clima resulta demasiado austero para su exuberante sensibilidad imaginativa.

Es probable también que, por reacciones similares, nuestro pueblo, vivamente sensible al misterio del más allá, sea propenso a rellenar con imaginaciones el hueco que deja la sobriedad de las revelaciones escatológicas del Nuevo Testamento. Da la impresión de cierta insensibilidad hacia los misterios de la Resurrección y la presencia viviente de Cristo y de su Espíritu en la Iglesia y, en cambio, muestra afición, a veces desmedida, hacia las apariciones y sucesos maravillosos, y puebla su atmósfera religiosa de imágenes con el deseo de mantener con los santos un familiar intercambio.

6.4.3. Dimensión festiva

Especialísima mención y reflexión merece un rasgo de los más destacados de nuestro catolicismo popular. Su dimensión festiva. Nuestro pueblo ha asumido con predilección y ha dado formas peculiares a esta constante de la religiosidad de todos los pueblos, estrechamente relacionada con el anhelo de liberación personal y comunitaria del hombre en el mundo. Ciertamente, este rasgo guarda suma coherencia con el espíritu radicalmente festivo del Reino de Dios, de la Buena Noticia o Evangelio de Jesucristo, de toda la vida eclesial del Pueblo de Dios, que es universal celebración de la alegría. En muchas manifestaciones de nuestro catolicismo popular aparece patente «el pueblo en fiesta», y precisamente por motivaciones sinceramente religiosas, como expansión exultante de su alegría de creer y confiar.

Tema muy serio de reflexión ofrece la contradicción con que hoy día aparecen, en Andalucía y en todo el Sur, lo que pudiéramos llamar, respectivamente, «la cultura de la fiesta» y «la civilización del ocio», contradicción que crea graves problemas a la evangelización. El hecho es que zonas enteras, progresivamente transformadas en regiones turísticas, presentan el aspecto de comarcas irreales de evasión y, en el orden del trabajo, se organizan como economías de servicios en función de la civilización del ocio, mientras escasea o falta la inversión de recursos en otras actividades productivas. Fuera de esas zonas, el pueblo permanece en su paro más o menos encubierto y en su aburrimiento mejor o peor disimulado.

Por el contrario, la cultura de la fiesta está en íntima relación real con la vida del trabajo y de la producción; ofrece condiciones óptimas para una vida cristiana integral, en relación directa con la permanente dedicación habitual de las gentes a las tareas realmente comprometidas con el progreso económico y social. La vida comunitaria eclesial ha contribuido vigorosamente al mundo festivo del pueblo y le ha ofrecido, con la más honda humanidad e imaginación creadora, expresiones de la voluntad y la alegría de vivir la vida real, contando con la bendición de Dios sobre sus esfuerzos cotidianos y su desarrollo efectivo.

6.5. Respeto al pueblo al asumir su religiosidad

Sin duda que las expresiones y manifestaciones actuales de nuestro catolicismo popular necesitan y urgen purificación y una más seria educación en la fe evangélica y eclesial. Ahora bien, les ha de ser propuesta de un modo tan vivo y tan humano esa fe de la Iglesia, que pueda asumir, colmar y trascender los más hondos y sinceros sentimientos de la religiosidad popular, en vez de asfixiarlos bajo formas de expresión de la fe que puedan ser artificiales o inadecuadas. Esta observación tiene particular interés cuando se trata de los anhelos de búsqueda de las jóvenes generaciones, que están tanteando en nuestros días formas nuevas de expresividad religiosa popular.

La práctica pastoral enseña que los sentimientos religiosos populares propenden hacia expresiones espontáneas «informales» y no institucionalizadas, hacia lo subjetivo, indefinido y no formulado. Si la eclesialidad de la fe del pueblo es demasiado débil, fácilmente declina a expresiones cada vez más paganas y alejadas del Evangelio; si, por el contrario, se ata excesivamente a los aspectos institucionales externos, el catolicismo popular se vuelve rígido y degenera progresivamente en el formulismo y en el ritualismo.

Lo que en definitiva importa al pueblo y a la Iglesia es que los símbolos de la experiencia cristiana popular no vengán determinados por su exclusiva iniciativa humana, sino que respondan lo más fielmente posible al modo de presencia del Misterio cristiano en sus signos y a la iniciativa del Espíritu de Cristo y de la Iglesia.

La evangelización debe buscar aquel equilibrio y esta fidelidad. La renovación evangélica y las reformas litúrgicas, catequéticas, pastorales, etc., deben abstenerse de imponer al pueblo formas prefabricadas por círculos minoritarios según sus esquemas teóricos. Han de esforzarse por responder a las exigencias religiosas populares, conectadas a la vez con la realidad del Misterio que se les comunica y con su vida real. Es así como el pueblo tendrá libertad religiosa para hacer brotar nuevas formas de expresión auténticamente evangélicas y eclesiales tanto como populares.

Cuando la Iglesia se propone evangelizar estas realidades populares, no trata de reducirlas a moldes teóricos y prácticos para recuperar así sobre las masas un control que se hubiera debilitado, sino que trata de potenciar y de liberar su verdad y su creatividad, y ayudarles a recuperar su identidad religiosa y su más auténtico y profundo ser popular. Muchas veces parece que la religiosidad popular está como atemorizada, reprimida y en el vacío ante las actitudes de superioridad del intelectualismo y de las críticas ideológicas, o ante la aparente seguridad que muestra la indiferencia religiosa del ambiente social contemporáneo. Hay que liberar al pueblo de la angustia y complejo de inferioridad religiosa.

7. PRESENCIA DE FACTORES SOCIOLÓGICOS CODICIONANTES EN NUESTRO CATOLICISMO

Nuestro catolicismo popular está condicionado por múltiples factores de carácter sociológico y psicosocial, cuyo influjo se observa claramente en muchos de sus aspectos. Algunos sociólogos y pastoralistas de nuestra región han estudiado las correlaciones entre las estructuras sociales y económicas y la religiosidad, llegando a conclusiones que tienen gran interés para nuestra cuestión. A modo de ejemplo, citaremos las siguientes:

7.1. Predominio cuantitativo proletario

El rasgo sociológico principal que caracteriza al sujeto colectivo de nuestro catolicismo popular viene marcado por el predominio cuantitativo del proletariado rural y urbano en la sociedad regional. La masa de fieles de nuestras diócesis se compone, en gran mayoría, por una muchedumbre de trabajadores poco o nada especializados, con aguda inseguridad en su trabajo eventual, sometido a diversas formas de paro, con una bajísima participación en la renta regional y con una enorme movilidad de cientos de miles de emigrantes. El rostro del Pueblo de Dios en el sur de España está marcado por el paro, la emigración y el bajo nivel de vida.

7.2. Contraste entre estructura religiosa popular y cumplimiento dominical clasista

Cuando se ha estudiado la composición social de los fieles asistentes a la misa de precepto, en los tres aspectos de su escalón o categoría profesional, de su grado de instrucción o estudios y, finalmente, de su nivel de ingresos o rentas familiares, se ha comprobado que la asistencia desciende siempre con esos tres niveles o, también, cuanto más abajo en la escala social se autoclasifica la conciencia subjetiva o, por último, cuanto menos se cree haber mejorado o menos se espera lograrlo en el futuro (es decir, cuanto más aumenta el pesimismo social). Pero como esa práctica institucional externa es una de las más públicas y frecuentes de la comunidad eclesial, el contemplar a una mayoría de asistentes de clases medias arriba, a la que se une lo más representativo de los sectores institucionales, invita a formar una imagen clasista de la Iglesia, que coincide muy poco con la que ofrece la estructura religiosa popular.

7.3. Renovación popular-religiosa y avance social

Al estudiar la actitud ante la evolución de la sociedad andaluza, aparece ésta escalonada a tres niveles: una pequeña minoría a nivel de mentalidad moderna y de avance social y cultural o, en su caso, religiosa; unas grandes mayorías a diversos niveles de transición, más anchos cuanto menos avanzados; un fuerte lastre a nivel de estancamiento tradicional. Ahora bien: difícilmente podrá vivirse a la vez en actitudes inmovilistas para lo temporal y dinámicas para lo religioso porque la existencia no puede estar sometida a ritmos vitales contradictorios sin engendrar conflictos internos personales y sociales. Por consiguiente, la relación entre la renovación popular religiosa y el avance social tiene decisiva importancia para la construcción de una región y una cultura moderna en ella. Por otra parte, señala la dirección del reencuentro de la Iglesia con las masas populares y las clases trabajadoras, ya que éstas aparecen todavía muy pasivas, pero están trabajadas por hondos motivos e intereses que exigen cambios sociales, por los que se afanan ya sus minorías dirigentes.

7.4. Vida urbana semirrural

La preferencia por la vida urbana, tendencia constante a través de varias civilizaciones, ha concentrado a nuestro pueblo en núcleos de población creciente, a pesar de las privilegiadas posibilidades agrarias de esta tierra para convertirse en una vasta y populosa zona agrícola-rural moderna y a pesar, también, de la escasa industrialización de la región, que aún mantiene en el estadio de grandes villas semirurales a las que pudieran ser ya ciudades de intensa ida urbano-industrial. Las actuales estructuras económicas y sociales del campo, tan resistentes al cambio, así

como las nuevas estructuras de ciudades de servicios, determinan una especial fisonomía regional, tanto rural como urbana, que marca rasgos muy peculiares en las comunidades y condiciona fuertemente la evangelización.

Bastan estas breves indicaciones para estimular la reflexión pastoral sobre otros muchos factores que presionan sobre la vida de nuestro pueblo y marcan sociológicamente su religiosidad popular en función de la situación social.

8. ELEMENTOS PROCEDENTES DEL MEDIO CULTURAL

8.1. La actual situación cultural exige un esfuerzo pastoral

Nuestro pueblo, aun en sus estratos menos instruidos por las actuales instituciones de enseñanza, es heredero de muchas y espléndidas tradiciones culturales. Parece evidente el desnivel entre su estado educacional hoy y ese inmenso potencial inactivado de energías culturales. A la vista está el bajo nivel general de las masas populares e incluso de buena parte de las otras, tanto en lo religioso como en la humano.

En este párrafo hablamos de cultura en el sentido en que lo hace la constitución conciliar *Gaudium et spes* (n. 53 y siguientes): «Con la palabra cultura, en sentido general, se indican todas aquellas cosas con las que el hombre perfecciona o desarrolla las diversas facultades de su espíritu y de su cuerpo; se esfuerza por someter a su dominio el orbe de la tierra mediante el conocimiento y el trabajo; logra hacer más humana la vida social, tanto en la familia como en todo el consorcio civil, mediante el progreso de las costumbres y de las instituciones; finalmente, consigue expresar, comunicar y conservar en sus obras, a lo largo de los tiempos, sus grandes experiencias y anhelos de espíritu para que puedan servir de provecho a muchos, a toda la humanidad».

Algunos grupos serios de militantes, educadores e intelectuales han tomado conciencia del grave déficit cultural que tiene nuestra región, que empieza ya por la falta material de puestos escolares en todos los niveles de enseñanza. Sería menester un análisis de los factores de toda índole que bloquean el florecimiento de las energías culturales que están en potencia y elaborar eficaces proyectos de cultura popular. La Iglesia ha de animar un gran esfuerzo de promoción educativa en todas las esferas, desde la instrucción elemental y la catequesis de iniciación hasta las tentativas para crear una nueva cultura regional.

Los educadores, intelectuales, artistas católicos y, en general, todos los creyentes cultos de nuestra región deben tomar parte en la acción pastoral, en diálogo con los medios religiosos populares y con un bien definido propósito de intentar la síntesis entre catolicismo popular, la cultura popular, la pastoral evangelizadora y la cultura superior profana y teológica, demasiado escindidas entre sí. A causa de esta desconexión, el pueblo está sin orientación que le pueda ser accesible, inteligible y provechosa acerca de muchas cuestiones, hoy en debate crítico, pero que son vitales para las masas, las cuales las encuentran planteadas a cada momento en los medios de comunicación, las costumbres y las mentalidades.

Falto de criterios claros y sin apoyo serio para un juicio cristiano, el pueblo se ve confrontado con el pluralismo ideológico, ético y religioso, que le produce confusión. Tampoco sabe mejor cómo situarse respecto de los fenómenos de cambio que es'ta experimentando. En muchas ocasiones, nuestro catolicismo popular se limita a resistir

tenazmente atrincherado a la defensiva, intentando mantenerse idéntico a sí mismo y huir de la inevitable crisis que le amenaza en un contexto social no tradicional.

Los medios de información y comunicación social, con su poderoso influjo, son factores muy aptos, de suyo, para la evangelización de las masas. No creemos exagerado afirmar que están modificando en nuestra época la religiosidad popular y son capaces de crear nuevos modelos de ella. Por tanto, también se podrá lograr una renovación evangélica y nuevos modelos de catolicismo popular si acertamos a hallar las formas más adecuadas para la comunicación del mensaje, por cristianos bien preparados, que sepan crear el gran «catecismo audiovisual» de nuestros tiempos, por así llamarlo.

8.2. Evangelización de los pueblos e inculturación del Evangelio

La reflexión pastoral debe llegar, también en este punto, hasta el fondo de la cuestión. Si bien es verdad que el catolicismo no puede jamás identificarse con ninguna cultura, para poder ser un mensaje abiertamente universal y dar la vida cristiana a todos y cada uno de los pueblos, cualquiera sea su identidad cultural, no es menos cierto que no llega a la madurez de Iglesia arraigada en un determinado pueblo, hasta que no encarna en su cultura y la asume tan plenamente como lo hizo Jesucristo. Pueblo y en la cultura judía de su época. En este sentido parece lícito usar la expresión convencional de «inculturación» del Evangelio. La fe incorpora hombres concretos al Pueblo de Dios sin desarraigarlos de su propio pueblo y cultura ni embarcarlos, por así decirlo, en un medio eclesial flotante y sin base firme cultural.

Cuando se habla de la «evangelización de los pueblos» (como, por ejemplo, el Sínodo de los Obispos de 1974) y no solamente de los individuos, se significa que la incorporación al Pueblo de Dios por la conversión al Evangelio es un hecho comunitario; y que se realiza desde, en y hacia comunidades históricas eclesiales y culturales concretas, sin que sea bastante la conversión de personas aisladas o, a lo sumo, de grupos sociales primarios. Por otra parte, la evangelización de los pueblos lleva también consigo una serie de cambios radicales de la sociedad evangelizada, en muchas de las estructuras de su vida colectiva, y abre a un pueblo el horizonte del futuro prometido por Dios para que oriente la búsqueda en la tierra de su propio futuro histórico.

La Iglesia acoge en su seno a los nuevos creyentes para acompañarles por el camino que andan en este mundo con toda su comunidad cultural, y para que sean precisamente sus miembros cristianos los que señalen a todo el pueblo el horizonte final de la historia que hace en común. Parece correcto reconocer en la Historia de la Iglesia una constante reciprocidad entre evangelización de un pueblo e inculturación del Evangelio. Para que esta relación sea fecunda, han de cumplirse las debidas condiciones de reciprocidad: por un lado, hay que hacer capaz a esa cultura de expresar explícitamente los signos de la fe y de aceptar la ruptura con las traiciones y formas que sean incompatibles, del todo o en parte, con la penetración del Evangelio en todos los campos de su vida colectiva; por otro lado, la Iglesia ha de hacerse a sí misma capaz de asimilar los valores de ese pueblo, de comprender cómo ve él desde ellos el Evangelio y capaz también de renunciar a las formas adoptadas en otros medios culturales.

En esas condiciones será posible comunicar el mensaje evangélico a un pueblo con toda la autenticidad de la Palabra de Dios, pero también con toda la autenticidad de la realidad cultural y del mismo ser de ese pueblo. Cuando se logra establecer con

recíproca lealtad aquella relación entre Iglesia y cultura, convergen y crecen a compás la conciencia popular de la propia identidad cultural y la conciencia popular de su identidad eclesial cristiana. En la historia de nuestro pueblo encontramos una espléndida muestra de cuanto venimos diciendo en el Siglo de Oro. Pocas veces se ha encontrado a sí mismo y ha expresado con más autenticidad popular su fe y su ser cultural.

En este sentido, cabe decir que cada pueblo sigue, en concreto, su propio «camino cristiano en la historia; su camino del Evangelio», como dicen hoy las jóvenes Iglesias. Nos preguntamos si nuestro catolicismo popular no plantea, en el fondo, un problema similar al que ellas abordan, aunque a muy distintos niveles de desarrollo humano y en circunstancias sociales y situaciones religiosas muy diferentes. Quizás podamos aprender mucho de la fina sensibilidad de dichas jóvenes Iglesias, para buscar el «camino de Dios para su pueblo» a través del corazón de su cultura y, así, hacer avanzar, con un solo y mismo impulso, el catolicismo popular y la cultura popular, en un despliegue de la creatividad original de este pueblo nuestro que, como la de todos, procede en última instancia y fuente del impulso del Espíritu Santo y Creador de Dios.

Queremos evitar aquí, con toda deliberación, cualquier tipo de concesiones que pudieran dar pábulo a los muchos tópicos sobre el tema de Andalucía y el Sur a los que tan expuestos están nuestro catolicismo y nuestra cultura. Pero quien entienda lo que decimos, podrá percibir claramente que, en nuestras palabras, laten la admiración, el amor y la esperanza que nos inspira el espíritu genuino de nuestro pueblo, y cómo deseamos y estamos dispuestos a cooperar con el esfuerzo común por un nuevo esplendor de su cultura, al unísono con el de su vida eclesial, en fecunda síntesis creadora. Andalucía, el Sur y las Islas son el nombre de una gran vocación que llama a la tarea histórica a nuestras Iglesias diocesanas.

9. FORMAS «REDUCIDAS» DE CREENCIAS EN NUESTRO CATOLICISMO POPULAR

En el intrincado complejo de elementos que contribuyen a la configuración concreta y actual de nuestro catolicismo popular (en reacción incesante unos sobre otros), podemos observar, por último, una serie de elementos procedentes de formas incompletas, de concepciones y vivencias parciales o «reducciones» del catolicismo que lo empobrecen y que transmiten a las masas las imágenes deformadas que de él se hacen. A simples efectos de descripción, puede ser útil resumirlas en cuatro grandes series, que nunca se dan aisladas y en formas conceptuales puras.

9.1. Un cierto primitivismo religioso

Creencias católicas muy poco evolucionadas, que a veces parecen más próximas a las concepciones y símbolos de lo sagrado propias de una religiosidad primitiva que a las del catolicismo de hoy, incluso popular. Suelen responder a imágenes fatalistas sobre el Dios de las cosechas o de la suerte, de la muerte o de las desgracias, del castigo o del prodigio, etc. Producen sentimientos infantiles o serviles sobre la omnipotencia providente, que todo lo da hecho; la pasividad ante los procesos naturales, sociales o históricos; el afán de asegurarse una infalible y automática protección sobrenatural mediante ofrendas y prácticas externas; la afición a las apariciones y las curaciones prodigiosas, etc. Revelan la carencia y la urgente necesidad de una catequesis velan la carencia y la urgente necesidad de una catequesis seria sobre el verdadero providencialismo cristiano, que potencia la responsabilidad del hombre en el desarrollo

de la creación y en las decisiones autónomas del porvenir; revela también una de las más vergonzosas explotaciones de la credulidad popular.

Algunos autores se han preguntado hasta qué punto se manifiesta ahí una religiosidad de carácter mágico que ha logrado impacto en la práctica religiosa de algunos sectores y comportamientos católicos. Discrepamos de quienes ven por todas partes una magia residual reprimida y un sucedáneo degradado de la religión evangélica. Pueden darse casos límite en áreas concretas; pero no es ése el talante religioso de nuestro pueblo, menos aún hoy día, para la mentalidad del hombre actual, cada vez más impermeabilizada por las ciencias y las técnicas a todo «encantamiento» mágico del universo.

9.2. Reduccionismo legalista

A otro nivel hallamos elementos que proceden de creencias católicas de tipo legalista, que responde a una concepción «reducida» del catolicismo como religión de la ley y de las obras, como un código de preceptos rituales y morales cuya observancia a la letra justifica; o también como un orden establecido e inalterable en lo religioso, lo moral y lo temporal, muy apto para garantizar las seguridades del ánimo, o, finalmente, como un modo de vivir que sea modelo de decencia y buenas costumbres en una sociedad cuyas reglas ético-sociales se tienen por intangibles. No es difícil reconocer en estas concepciones los impactos de la ley judaica y de la ley islámica o de la ética ilustrada y burguesa.

De ahí podrían proceder elementos y rasgos populares como la angustia psicológica ante el pecado, el afán de redimirse por las obras del sufrimiento físico, la admiración sobrecogida hacia los ascetismos, pobreza o renunciamentos extremados al límite, o hacia los penitentes ensangrentados de Semana Santa; una serie de rigorismos externos ocasionales en flagrante contraste con las conductas habituales; la misma paradoja entre la popularidad de la Pasión del Señor y la indiferencia para el Misterio de la Pascua, o la dificultad para entender la libertad de espíritu de los hijos de Dios, etc.

9.3. Localismo religioso

Una tercera serie es la de elementos que proceden de las creencias católicas de carácter patriótico-religioso, que responden a diversas concepciones del catolicismo como religión nacional o a ciertos «henoteísmos» de culto a santos protectores locales. De ahí parecen proceder rasgos como la confusión o la identificación entre lo católico y lo patriótico; el deseo de ritualizar con ceremonias religiosas ciertos momentos de la vida política o conmemorativos de gestas heroicas; la incapacidad para comprender la recta separación entre la Iglesia y el Estado; la agresividad e intolerancia que hace cuestión de honor humano la forma peculiar de catolicismo que se profesa; los desajustes en el seno de las comunidades tradicionales por razones de esta índole, o ante la nueva manera de comprender las relaciones de la Iglesia con el mundo actual, etc. A veces disimulan mal ciertos intereses locales, ya sean económicos o turísticos, sociales o políticos, etc., ajenos a los fines religiosos.

En el sur de España, y con algún retraso respecto de otras regiones y países, estamos asistiendo a una difícil crisis de las concepciones tradicionales, salpicada de rechazos y abandonos. Se venía considerando tradicionalmente como una sola cosa pertenecer a la Iglesia y a la comunidad política, pero la sociedad va tomando conciencia de propia

secularidad y autonomía y, por tanto, del principio secular de su unidad política; y la Iglesia, por su parte, de su condición esencial de comunidad de fe, libremente aceptada por las conciencias. Esto modifica el hecho religioso que ha caracterizado largo tiempo nuestro catolicismo popular, a saber: la unidad católica de toda la población, asegurada por la voluntad de unidad política de su Estado. Por desgracia, aún debe ser la nueva forma de vivir la comunidad católica en el seno de una sociedad secular y pluralista ni de la manera de resolver los problemas y conflictos que pueden producirse en esa nueva situación histórica.

9.4. Reduccionismo espiritualista y privatismo

Encontramos en el catolicismo popular elementos que parecen proceder de un cuarto tipo de creencias «reducidas», el que corresponde a concepciones de la Iglesia como si fuera un mundo a parte y cerrado sobre sí mismo, p. ej.: el espiritualismo que rechaza como ajeno a la vida cristiana todo compromiso del creyente con el esfuerzo histórico; la tendencia al exclusivismo de la práctica sacramental como medio de mantener la pertenencia a la organización eclesial; el devocionismo individual que acentúa la perfección ética privada y olvida la ética social; otras formas de privatismo, incluso apostólico, que se refugian en el ámbito de la familia o de los deberes profesionales estrictamente privados; las tradiciones liberales muy celosas de cuanto pueda parecerles entremetimiento social o político de la Iglesia; las tendencias a totalitarismos de los más opuestos signos, que quieren someter la religión a la soberanía estatal o a la construcción de un determinado proyecto de sociedad, etc.

También cabe advertir, en este punto, la presión que los modos de comprender y de vivir el catolicismo, propios de grupos sociales confesionales, o de círculos eclesiásticos y conventuales, han ejercido y ejercen en las formas religiosas del catolicismo popular. Hay que evitar los tópicos incomprobados, que suelen atribuir lo que consideran tradiciones «populares» a la creatividad espontánea de la fe del pueblo. Habría que establecer con precisión en qué medida son fruto de esa capacidad del pueblo para crear por sí mismo formas religiosas adecuadas a su vida real y en qué otra medida son el resultado del insistente esfuerzo de grupos religiosos e, incluso, sociopolíticos, para modelar las creencias y las expresiones de los fieles a imagen y semejanza de sus comportamientos y disciplinas institucionales, de sus normas y modelos, su pensamiento teológico o ideológico y hasta de los particulares intereses de grupo.

En resumen: todos estos tipos de creencias «reducidas» actúan en el sentido de rechazo, al menos parcial, frente a las transformaciones socioculturales en curso en la vida regional, y frente a la inexcusable renovación interna de la vida eclesial y, por tanto, a las alteraciones en las relaciones intraeclesiales que, tanto unas como otras, producen en las comunidades diocesanas.

Nos preguntamos si existe ya en nuestro catolicismo suficiente base psicológica, sociocultural y religiosa para poder asumir positiva y cristianamente el proceso histórico de nuestra época. Parece ser excesivamente alto el índice de población que resiste al cambio y al avance, tanto social como religioso, precisamente en nombre de un sistema religioso-social heredado y que se tiene por tradición inmutable, más por sentimientos que por razones. Dado que la antigua presión social del medio ha disminuido considerablemente, ensaya nuevas formas de presión sociopolítica que hacen más penoso el proceso de recuperación de la coherencia interna de la comunidad eclesial y frena la evolución renovadora del catolicismo popular.

Nos preguntamos también, en el caso de que éste fuera, efectivamente, demasiado tradicional y poco evolutivo, cómo podrá enfrentarse, desde esa mentalidad de pasado, con la actual crisis histórica y con el consiguiente reto de búsqueda del futuro, y cómo podrá superar la contradicción que ha de producir en el seno de nuestra sociedad regional, del Pueblo de Dios y de cada uno de sus miembros. La pastoral tiene que contribuir, en cuanto esté de su parte, a evitar nuevas rupturas religiosas y socioculturales como las que ha sufrido nuestro pueblo en los últimos siglos.

SEGUNDA PARTE

ACTITUDES PASTORALES ANTE EL VALOR Y EL FUTURO DEL CATOLICISMO POPULAR

10. PRINCIPALES POSICIONES Y PRÁCTICAS PASTORALES

Ante las expresiones de la fe popular cabe tomar, y de hecho se han tomado, muy diversas posturas que pueden clasificarse en tres grupos:

10.1. Actitudes abandonistas o destructivas

Parten todas de la base de considerar aquellas experiencias como simples muestras de subdesarrollo religioso, de progresiva degradación del cristianismo por ignorancia de las masas, de mero residuo de sacralización cargado de mitificaciones, afanes mágicos o supersticiosos o, finalmente, de efectos de una pastoral formalista y cosificadora, etc. Caben aquí también las posturas de quienes identifican al pueblo con el proletariado económico-social, propugnan un «catolicismo de clase» y oriente su misión en la historia en línea con la lucha de clases.

Muchas de esas posiciones hacen pensar en síntomas de una cierta soberbia o subconsciente desprecio del pueblo. Más respetables son aquellos que desean sinceramente el crecimiento cualitativo del Pueblo de Dios y se consideran obligados a oponerse a las manifestaciones masivas o de índole cívico-religiosa porque estiman que retardan o falsean el proceso de promoción religiosa de las masas.

Lógicamente, de todas las actitudes anteriores se sigue una práctica pastoral de desestimación y de abandono. Como la masa amorfa evoluciona muy lentamente, se la deja a su suerte, para dedicar las energías y efectivos pastorales a pequeños grupos de avance rápido. Ahora bien: sus experiencias y expresiones se vuelven inaccesibles a las masas y les aíslan de ellas.

10.2. Actitudes conformistas o inmovilistas

Parten de la base, en el polo opuesto de las anteriores, de que el catolicismo popular, tal y como se expresa, es el depósito más fiel y seguro de las «tradiciones católicas» del país. Le identifican así, de una vez para siempre, con el de la sociedad «tradicional» de unas épocas dadas. Lo que las masas sienten y practican, ésa es la fe de nuestros padres, lo nuestro. Nada se ha de innovar, porque cualquier intento de cambio destruiría los valores que el pueblo entiende y la misma tradición local. Muchas de estas actitudes proceden de las ideas nacionalistas antes descritas. Algunos otros tratan de conservar el

espléndido folclore religioso que ha florecido en el pasado, cosa laudable en sus justos límites.

Antes tales posturas cabe pensar en síntomas de una cierta angustia producida por los cambios inherentes al proceso histórico o en un cierto afán de seguridad religiosa que se quiere garantizar por un sistema ético–social o político de apoyo. Lógicamente, se sigue de ellas una pastoral que rechaza, incluso con violencia, toda evolución del catolicismo popular. Por desgracia, estas posturas, que estaban reservadas antes a las formas más rutinarias de la acción pastoral, están queriendo ser elevadas a tesis por algunos teóricos.

10.3. Actitudes constructivas o renovadoras

Tras una época de actitudes contestatarias y peyorativas, explicables en parte como reacciones frente a las actitudes que intentan sublimar las ingenuas expresiones populares, o frente a las actitudes interesadas en instrumentalizar la religiosidad popular, la conciencia pastoral de la Iglesia adopta actualmente una actitud más crítica y, a la vez, más constructiva que pueda superar los radicalismos minoritarios tanto como los extremismos masivos.

No es lícito despreciar y menos destruir, pero tampoco es lícito canonizar ni mantener idénticas, las expresiones imperfectas de la fe popular. Esas formas populares de catolicismo contienen elementos válidos que sirven de base real de partida para una acción evangelizadora, la cual las purifique de todo lo incompatible con la fe evangélica que pueda haber en ellas y les comunique profundidad y espíritu interior para acompañar al pueblo en su desarrollo hacia la madurez cristiana en la mentalidad y en el comportamiento, así como en la conciencia eclesial y para educarle ante las opciones, compromisos y responsabilidades cristianas en la vida social.

En este sentido se ha pronunciado el Sínodo de los Obispos de 1974, y se extiende de estos últimos años, por los medios apostólicos y pastorales, un juicio más equilibrado sobre las posibilidades y ambigüedades del hecho popular religioso y también una manera práctica de tratarlo más consistente y positiva.

Se pretende con ello secundar la presencia operante del Espíritu en las masas, interpretando con humilde discernimiento los signos cristianos que aparecen allí. Se comprende con mayor claridad que el pueblo no se detiene en los gestos y expresiones mismas, sino que trata de expresar mediante ellos su fe y su mismo ser cultural. En consecuencia, se advierte mejor la relación profunda que hay entre religiosidad y cultura popular. Se reconoce, más en concreto, que la evangelización no puede quedar limitada a lograr una mayor pureza externa de las expresiones tradicionales, sino que debe hacer aflorar nuevas energías religiosas populares, capaces de expresar en signos cristianos todo el dinamismo que encierran hacia la salvación anunciada por el Evangelio. Así se podrán superar las difíciles situaciones que se avecinan para la Iglesia y para el pueblo.

11. EL PAPEL ACTIVO DE LAS MASAS DE FIELES EN LA EVANGELIZACIÓN

La masa católica popular no es un simple objeto pasivo de la acción evangelizadora. Juega también su propio papel como signo y testimonio religioso y eclesial; y puede y debe ser objeto activo de la renovación de la Iglesia, como porción viva de ella. Con este papel activo está relacionada la aparición de un nuevo catolicismo popular en nuestros días, del que hablamos a continuación.

El catolicismo popular se sitúa como zona intermedia entre los grupos, movimientos y sectores más cultivados, activos y comprometidos de un lado, y por otro, la vasta zona de las masas alejadas o indiferentes y de los sectores francamente separados y hasta enfrentados con la Iglesia. Por eso importa mucho la calidad de ese testimonio, para que no sea ambiguo, sino que sus manifestaciones constituyan un signo visible de credibilidad, en vez de presentar imágenes deformadas, como a veces ocurre por abandono o desacierto pastoral, como a veces ocurre por abandono o desacierto pastoral, o por concesiones inaceptables para con sus tendencias profanas o paganas.

Entre los principales testimonios de valor activo que encontramos y queremos citar están:

11.1. Testimonio de trascendencia

Se dan en el catolicismo popular testimonios de fe en Dios y en su providencia y señorío sobre el universo y la vida humana. Por imperfectos que sean, sirven de signos visibles de la trascendencia religiosa. También da testimonio ese catolicismo de fe en Jesucristo, Hijo de Dios y de la Virgen María, y con ello adquiere valor de signo visible de la presencia de Jesús Dios y Hombre entre las multitudes de nuestro tiempo. Por último, están los testimonios de fe en la mediación e intercesión personal de Jesús, de su Madre María y de sus santos, con valor de signo sensible de la creencia en la relación religiosa personal entre Dios y los hombres.

11.2. Signos de visibilidad eclesial

Otra serie de testimonios populares de fe en la Iglesia hacen del catolicismo popular un signo visible de carácter eclesial del cristianismo y de la unidad eclesial del Pueblo de Dios, p. ej., cuando los fieles aparecen reunidos masivamente en días de precepto o fiestas solemnes, o en manifestaciones públicas de devoción a Cristo y a María en sus Misterios, o en los períodos de Navidad, de Cuaresma, de Semana Santa y Pascua, que aún conservan cierta significación aun para los no creyentes.

11.3. Afirmación de valores morales básicos

Hay una tercera serie de testimonios referentes a la moral del Evangelio y a la creencia en la retribución de los actos humanos por la justicia definitiva. Muchos comportamientos habituales del pueblo tienen el carácter de testimonio, dados directamente, y en concreto, en las conductas individuales, en relaciones de familia, vecindad o amistad, en el compañerismo profesional, en las costumbres colectivas o solidaridades de lucha por la justicia, etc., y en cierto modo son signos del reconocimiento de una dependencia moral del hombre respecto de Dios, o de la caridad del Espíritu Santo para con los prójimos, y no carecen de cierto valor de apostolado.

Se ha instalado tanto en la crítica de la imperfecciones que se ha llegado a una cierta insensibilidad para captar estos valores activos, hasta que las teorías y problemáticas de los grupos ideológicos han venido a estrellarse con el buen sentido común de la fe popular y con la honrada sinceridad de sus convicciones vividas. Así, por ejemplo, admira comprobar en mucha gente del pueblo, ante situaciones muy difíciles y dolorosas de la vida privada y colectiva, unas reacciones muy distintas de las actitudes de crisis y dudas intelectuales, de ateísmo a la desesperada o de subversión crítica

contra la Iglesia. A poco que haya recibido una seria catequesis por elemental que sea, y si, por otra parte, no ha carcomido su fe el materialismo ideológico o práctico, la gente del pueblo adopta en esos momentos actitudes religiosas muy profundas de aceptación de la cruz de Cristo y de súplica confiada en la ayuda de Dios.

11.4. Capacidad de crítica social-constructiva

Resulta también sospechoso el afán de prestigiar la denominación de “popular” para usos políticos-sociales, incluso por parte de grupos cristianos, mientras que se reserva un tono despectivo al aplicárselo a la religiosidad. Algunas ideologías llegan a considerar a la religiosidad popular como generadora de la que llaman “alienación religiosa”, porque saca al pueblo de la realidad y conciencia de los conflictos sociales, ofreciéndoles compensaciones extra-mundanas.

A estas alturas no resulta serie científicamente atribuir a la fe popular esa función. Los hechos históricos populares religiosos acreditan la capacidad vigorosa de la fe cristiana, incluso elemental, para formar una clara conciencia crítica. Siempre hubo un cristianismo profético y popular, a todos los niveles de la Iglesia, que despierta las conciencias, anima las acciones colectivas y tensa la voluntad de conseguir “un hombre nuevo” y de llegar a “hacer todo nuevo”, para decirlo con expresiones del Nuevo Testamento.

De aquí se sigue el que todos los sistemas políticos de una o de otra tendencia ideológica, aunque éstas sean contrarias, oponen serias dificultades en todas partes a la expansión de los movimientos apostólicos modernos en los medios populares, en la misma medida en que se resisten a la transformación social, porque temen la activación de las energías populares por la predicación concreta del Evangelio, que de suyo es dinamizador del pueblo.

Verdad es también, por contraste, que nunca dejó de hacer un subproducto de cristianismo que se inventa y utiliza para adormecer el pueblo, a modo de legitimación de determinadas situaciones adquiridas, y no solamente por los cristianos.

12. HACIA NUEVAS FORMAS DE CATOLICISMO POPULAR

Es cierto que todo tipo de religiosidad popular presenta el rasgo común de su tenaz fuerza de supervivencia, proporcional a la profundidad de las raíces con que se haya inculturado en un pueblo. Pero sería equivocado pensar en ella como si fuera algo homogéneo y estático a través de tiempo y de los cambios históricos. Posiblemente los estilos de catolicismo de la base popular de la comunidad eclesial sean mucho más vivos y cambiantes que los de otros niveles, que se muestran más empeñados en mantenerse sin mutación, y en que el pueblo permanezca fijado, mientras sea posible, en el mismo modo de comprender y de vivir su religión. El cristianismo no es una de aquellas concepciones religiosas que forman parte integrante esencial de un determinado sistema del mundo y que caen con él; puede realizarse en la historia de muy diversas maneras. Esto lo percibe con viva sensibilidad el pueblo, pese a los sectores que se quejan de que “se les cambia la religión”.

12.1. Elementos y estilos nuevos

Al presente se perciben señales de que está apareciendo un nuevo estilo de

catolicismo popular, visiblemente distinto del considerado como tradicional, especialmente en medios obreros, universitarios, profesionales, en el mundo de los jóvenes y en los ambientes apostólicos. Los grupos populares cristianos más dinámicos o más jóvenes se apartan de muchas de las manifestaciones habituales, y miran con cierta reserva las fórmulas de renovación que proponen quienes representan la continuidad de las formas, puesto que ellos buscan otras nuevas.

Tampoco es raro encontrar ya nuestro actual catolicismo popular nuevos elementos o impactos que proceden, unas veces, del general y positivo avance técnico y científico, y otras, de las experiencias colectivas y de los acontecimientos históricos por los que ha atravesado el pueblo, que dejan vivas huellas en su religiosidad; ha crecido también la capacidad crítica religiosa y muchas costumbres subsisten tan sólo por inercia o presión externa, pero sin convicción interior.

A esta mayor madurez contribuyen los efectos de la crítica social y religiosa, unas veces desde fuera de la Iglesia y aun contra ella, y otras, más positivamente, desde el desarrollo del pensamiento y la vida cristiana y eclesial misma. También han contribuido las reacciones de asimilación o de réplica, según los casos, respecto de las nuevas corrientes del arte y de la cultura de hoy. En todo lo que esto tiene de positivo, ha actuado a modo de factor purificador o activador del nuevo estilo que parece apuntar.

Aunque no tengan todavía conciencia de ello, algunos amplios sectores populares dan muestras de empezar a vivir su fe en un contexto expresivo distinto, abiertos a otros horizontes y sintiéndose impulsados a adoptar nuevas actitudes ante la vida en un contexto sociocultural que también es distinto. Presienten la posibilidad de realizar los valores que no han podido ser expresados aún con autenticidad bastante a causa de diversos acontecimientos eclesiales o sociales, poco o nada favorables a su despliegue y madurez.

12.2 Atención a los nuevos signos

Un importante aspecto del trabajo que proponemos a la reflexión pastoral está en determinar, en cada caso concreto, cuáles son los síntomas de estos nuevos signos, expresiones, impactos y horizonte religiosos. Ignorar el alcance de estos nuevos fenómenos y las repercusiones o las perspectivas pastorales que se abren con ellos sería tanto como no entender el futuro.

Puede percibirse ya su inmediata repercusión en las mismas masas populares que comienzan a ver expresados sus anhelos, símbolos y opciones en el catolicismo; así, por ejemplo, en la aplicación que la Iglesia está haciendo al presente, de las exigencias evangélicas en orden a la justicia en el mundo, a la liberación humana, a la participación de todos en la decisión del porvenir común. Igualmente se observa en las masas juveniles y sus nuevos anhelos religiosos. También tienen repercusión en el catolicismo que se considera tradicional, en el que provoca una crisis de revisión y de renovación. Finalmente, es natural que resulte inaceptable para quienes están acostumbrados a manejar en su provecho los sentimientos religiosos del pueblo.

A esto último se presta la peculiar estructura demográfico-religiosa de la diócesis del Sur. Mientras que en las pequeñas comunidades rurales nortenas y en las zonas de vocaciones abundantes el gran peso social específico del clero puede hacer difícilmente evitable el fenómeno del clericalismo, en cambio, en los núcleos de población normalmente grandes y muy grandes en el Sur, con un grave déficit endémico de vocaciones e índices de sacerdote por diez mil habitantes muy bajos, se da una situación

propicia a la tentación de una especie de poder laico, concretado en pequeños grupos locales, con pretensiones de imponerse al clero en su libertad de acción pastoral y al pueblo en las manifestaciones de su religiosidad. No es de extrañar que sientan la aspiración de utilizar como instrumentos tanto las hermandades, asociaciones y cofradías como los santuarios, conventos y centros de devoción; el tradicionalismo estancado vería en ellos sus más sólidos reductos.

12.3. Creatividad popular y discernimiento jerárquico

No es fácil prever las diversas formas en que pueda llegar a configurarse un nuevo estilo o estilos religiosos populares en Andalucía y el Sur. Nos corresponde a los grupos minoritarios prefabricar una nueva religiosidad para el pueblo porque ellos piensen que es más apta la expresión de sus nuevos valores, afanes, situaciones y luchas. Encontrar sus símbolos es cosa del pueblo mismo y de la iniciativa que en él suscite el Espíritu de Dios; corresponde al discernimiento pastoral de la Jerarquía ratificarlos, o no, como auténticos impulsos del Espíritu. A la Jerarquía compete velar por la máxima atención y fidelidad a los signos puestos por el mismo Señor, a la pureza litúrgica y doctrinal de las expresiones populares, al espíritu de vida y no a la letra de las reglas y ordenanzas de las asociaciones de fieles, a la comunión eclesial de los nuevos grupos de convivencia evangélica.

Ahora bien: si algunas formas concretas de religiosidad, antiguas o nuevas, nada o muy poco dicen a una parte notable de los fieles; si no les mueven a comprometerse con la vida y la acción de la Iglesia; si no aumentan su capacidad de atracción vocacional hacia los movimientos seculares apostólicos, hacia el sacerdocio ministerial o la vida religiosa; si tampoco les forman para hacer sus opciones temporales responsablemente y teniendo en cuenta las orientaciones del Magisterio de la Iglesia, etc., entonces los Pastores del Pueblo de Dios han de ver el modo de asumir desde la fe las realidades humanas, a imitación de Cristo y excepción hecha del pecado (Heb 2,14-18); han de educar al pueblo en la conciencia de los valores humanos profundos y acompañarle en la transformación de las situaciones y estructuras de la vida que sean injustas o deshumanizantes desde el punto de vista del Evangelio; han de ayudarle en su liberación religiosa y evitarle el riesgo, o mejor dicho, fijado por fuerzas de manipulación de signo distinto a las que hasta el presente lo hayan venido haciendo. La renovación popular en el Evangelio y la liberación real e integral humana han de coincidir, hasta el máximo posible, en cada situación, al evangelizar a los pueblos y, en concreto, al nuestro.

TERCERA PARTE

PLANTEAMIENTOS Y OBJETIVOS PARA UNA PASTORAL POPULAR EN LA REGIÓN

13. CONCIENCIA COLECTIVA Y ACCIÓN PASTORAL

Hecho básico de la situación religiosa de la región es, como hemos dicho antes, su propio y peculiar catolicismo popular. Es un dato que han de asumir las Iglesias diocesanas del Sur con el carácter de prioridad que le corresponde, ya que esa realidad forma el tejido global de nuestras comunidades y la estructura religiosa de base de nuestra sociedad regional.

No parece haber todavía, al menos con la suficiente claridad y precisión, conciencia colectiva de este hecho socioeclesial. Estamos empezando a comprender lo que la religiosidad popular significa para la evangelización y lo que supone también para la cultura y la construcción del futuro de nuestra región.

En efecto, la evolución y avance de nuestro catolicismo popular puede representar mucho en orden a poner en marcha un proceso de síntesis, a lo largo del cual nuestro pueblo encuentre, a la vez, su identidad cristiana y su identidad popular; construya su comunidad social; edifique sus Iglesias diocesanas, y logre crear su nueva cultura y el nuevo estilo de su catolicismo. Sin embargo, aún no parece verse con claridad ni entusiasmo la perspectiva y la alternativa que se ofrece si la Iglesia, en estrecha comunión de vida y afanes con todo el pueblo, acierta a señalar en concreto el camino de Dios para él, nuestro camino propio del Evangelio.

Por consiguiente, habremos, ante todo, de tomar conciencia de los términos reales de la situación y de la alternativa, mediante un análisis crítico pastoral serio, que permita llegar a formular el planteamiento más correcto posible. A partir de ese enfoque certero, y de las experiencias y tanteos práctico-pastorales, podremos emprender una eficaz acción evangelizadora, que transforme la actual realidad religiosa. Naturalmente que deberá estar avalada por un testimonio cristiano colectivo de participación y contribución sinceramente comprometidas con el esfuerzo de promoción integral de nuestra región, en especial con los sectores populares que hoy día están más lejos de conseguirla.

De las aproximaciones y observaciones que en la primera y en la segunda parte de este documento hemos aportado, parece concluirse que el objetivo general de una pastoral popular y su esfuerzo de evangelización en los pueblos del Sur, se ha de centrar sobre la progresiva educación de la actual fe popular en la doctrina y la práctica cristianas, según el Espíritu y la Iglesia de Cristo, a partir del nivel en que hoy la posee y la vive de hecho esta enorme parte del Cuerpo eclesial. Para decirlo con una breve fórmula, el objetivo pastoral es la “educación popular en la fe”.

Dos grandes tareas globales implica la consecución de ese objetivo, una con carácter positivo de avance renovador y creador y la otra con carácter de lucha reformadora contra los retrasos y abusos.

Primeramente, es preciso elevar gradualmente el nivel de madurez cristiana, a partir de los positivos valores en que la actual religiosidad popular católica expresa, ya sea su fe, ya sea su modo cultural de ser. Dentro de esta global promoción cristiana es punto importante el robustecimiento de la conciencia de la Iglesia, no para aislarse en grupo confesional, sino para asumir las responsabilidades religiosas y los compromisos temporales en común con los demás para todo lo bueno.

Al mismo tiempo, urge superar incansablemente los factores que desvirtúan esa fe y esos valores, y que bloquean el proceso de su evolución evangélica e impiden el catolicismo asumir la transformación cristiana de nuestra sociedad regional, de acuerdo con los cambios religiosos y socioculturales que reclama la expansión y calidad de vida del hombre en nuestra época.

En nuestra región se agitan ya problemas, aspiraciones y tendencias que exigen mucha mayor madurez cristiana a todos los fieles y en todas las dimensiones fundamentales de la vida de una comunidad eclesial: su formación doctrinal, su vida interior y su práctica religiosa, su comportamiento moral privado y social, su participación apostólica en la pastoral de las Iglesias diocesanas y su compromiso

cristiano en el progreso social de la región.

Una pastoral popular que responda a estas exigencias obliga a nuestras comunidades eclesiales a realizar ciertos cambios correlativos a los que está experimentando nuestro pueblo. El problema práctico-pastoral se centra en acertar a dar con los contenidos y modos concretos de realizar ese cambio y en decidir o inventar las forma y métodos adecuados de organización y acción. Muy grandes son las dificultades para poner en marcha una acción apostólica organizada de esa envergadura y profundidad, especialmente en las presentes circunstancias, pero debemos convertir la actual crisis y situación de prueba en nuevo impulso de avance y renovación. El agujón del futuro no tolera dilaciones al esfuerzo pastoral.

En un documento como el presente, cuyo intento principal es exhortar y ayudar a una reflexión y toma de conciencia sobre la naturaleza y los problemas del catolicismo popular del sur de España, no es posible descender con detalle y por anticipado a determinaciones que deber ser concretadas por la iniciativa, la experiencia, la revisión crítica y el diálogo pastoral, en la práctica y para las situaciones y medios concretos. No obstante, queremos ofrecer seguidamente a la reflexión apostólica algunas de las orientaciones que parecen de aplicación comúnmente válida y algunos de los cauces por los que podría intentarse.

En todo y ante todo, hemos de actuar en el Espíritu de Jesucristo, “Alzad los ojos y ved los campos que ya blanquean” (Jn 4,35). “La gente le andaba buscando” (Lc 4,42). “Sintió compasión y se puso a instruirles en el Reino de Dios” (Mc 6,34). Lo que nos urge a evangelizar al pueblo (y lo que hace auténtica una tarea de evangelización) no es que la Iglesia pueda quedarse sin las masas populares, sino que el pueblo se queda sin la Iglesia le haya manifestado el amor del Padre y la salvación liberadora de Jesucristo.

En este espíritu, la promoción de nuestra religiosidad popular ha de ser una respuesta eclesial total, es decir, ha de poner en acción a la Iglesia entera y con todos sus miembros, en todas nuestras diócesis al unísono, para desarrollar una pastoral popular en el conjunto de las acciones eclesiales y, finalmente, para servir con ellas a todos los hombres y a todo el hombre. Revisemos, pues, esas acciones eclesiales, vistas desde esta intención de una pastoral popular total.

14. LA PASTORAL PROFÉTICA: EDUCACIÓN EN LA FE Y CULTURA POPULAR

14. Presentación de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios para el pueblo ha de ser celebrada, predicada y transmitida de un modo y con un lenguaje que sean significativos para la vida popular. La reflexión misionera más reciente, preocupada por la autenticidad de la evangelización, tiende a buscar y cultivar en la religiosidad popular cuantos gérmenes vivos del Evangelio contenga, ya que ha sido el Espíritu de Dios quien los ha depositado, y precisamente en los valores y las experiencias religiosas y humanas profundas del pueblo, íntimamente vinculadas a las realidades de su vida cotidiana real.

Ya hemos dicho que, a nuestro parecer, la pastoral popular de nuestras diócesis debe girar, hoy día, en torno a la catequesis, a todos los niveles; ahora añadimos que ésta ha de ser verdaderamente profética, es decir, no solamente verbal y crítica, sino que ha de darse, ante todo, con el testimonio de vida, con la mayor coherencia entre la palabra, la acción y la vida que sea posible a nuestra fragilidad humana. No podrá reducirse a

exposiciones, discursos o lecciones, ni omitir el previo entendimiento de las interrogantes populares.

14.1. Catequesis de correlación

Conviene ensayar métodos de catequesis de correlación, esto es, que examinen uno por uno los contenidos reales de las creencias populares, las ideas e imágenes que se hacen de los misterios y verdades cristianas, los diversos sectores de fieles, y sabiendo estos datos, tratar de profundizar esas creencias y aproximarlas todo lo posible a los verdaderos contenidos de la fe, revelados por Dios y que la Iglesia proclama como tales en su auténtico sentido.

Estos métodos son igualmente aplicables a la catequesis específica de las diversas formas “reducidas” de que hemos hablado (I, n.9), con el fin de superar sus concepciones incompletas y sus actitudes estrechas, pero contando siempre con lo que puedan tener de válido y verdadero.

14.2. Fidelidad a los educadores

Por lo general, las disposiciones se deben, en parte, al modo popular de recepción del mensaje, correlativo al modo popular de ser. Pero, por otra parte, a las deficiencias y alteraciones, igualmente subjetivas, que introducen en la transmisión los mismos educadores del pueblo en la fe: familias y colegios, educadores y predicadores, militantes seculares y medios de comunicación social, etc., todos ellos inmersos, inevitablemente, en un medio social de cuya mentalidad y creencias participan. Nunca hará bastante la pastoral popular para mejorar y asegurar la felicidad de los agentes transmisores y de los cauces de comunicación del mensaje evangélico; lo cual supone, en primer lugar, un esfuerzo personal de conversión, purificación y formación y, en segundo lugar, una concertada acción de todos los sectores y organismos que atienden a la formación de los cristianos.

14.3. Catecumenados populares

Los métodos adoptados en los catecumenados populares y parroquiales, subordinados siempre al mejor servicio de los procesos de evangelización, han de ser conducentes a educar una fe personal y a la vez comunitaria, con capacidad crítica de discernimiento de las situaciones concretas, y con sentido de las responsabilidades del cristiano y de la comunidad en la vida colectiva

Tales catecumenados tenderán también a guardar estrecha coherencia con las concepciones cristianas de la educación permanente y con los esfuerzos de promoción de la cultura popular; sin elevar ésta no parece posible elevar la religiosidad popular. No ha de disminuir la intensidad y constante renovación de las catequesis escolares propiamente dichas, en todos los centros educativos y a todos los grados y niveles de enseñanza, con prioridad en los de carácter y ambiente popular. Esta enseñanza religiosa ha de ir ensayando, desde ahora, formas que aseguren la misma fuera de los centros en base a las eventualidades del futuro.

Es de desear que los esfuerzos en todos estos campos estén coordinados bajo la responsabilidad de los departamentos y delegaciones diocesanas de Enseñanza religiosa y de Educación en la fe, coordinadas o unificadas. Se han de recoger y adaptar a los

diversos medios las orientaciones del Episcopado español en sus documentos recientes, tan ricos en sugerencias e iniciativas.

Es digna de alabar la labor que muchos centros y grupos culturales cristianos están desarrollando (clubes, aulas de arte y cultura, etc., o centros deportivos o asistenciales), pero se siente aún la falta de una labor más directamente adecuada y dedicada a la promoción cultural específica de los medios populares, en el sentido expuesto en este documento. A ella les exhortamos encarecidamente.

14.4. Colaboración de los creyentes mejor formados

No puede prescindir la pastoral popular de la activa participación de los creyentes cultos de que hemos hablado (I, n.8.1), y habrá que promover grupos y movimientos cristianos que los integren en ayuda de aquélla. Entre las muchas funciones que parecen llamados a desempeñar, se pueden mencionar las siguientes:

- La organización y realización del trabajo de análisis y estudio sistemático de las realidades religiosas populares a nivel regional, en las perspectivas antes indicadas en diversos lugares.
- La elaboración de una adecuada pedagogía y metodologías para que la acción pastoral siga los ritmos y etapas del debido procesos educativo, de la manera más adecuada a cada medio o sector, evitando rechazos y frustraciones.
- La invención de un nuevo lenguaje expresivo, en todas sus formas aptas para la comunicación del Evangelio al pueblo. Tan sólo hacemos mención aquí de una de ellas, la música popular religiosa, de tan exuberante riqueza y hermosura en nuestras regiones, y en cuyas coplas y canciones se dicen al pueblo con sencilla humanidad y poesía los contenidos de nuestra fe, que así quedan firmemente grabados en la memoria y en la sensibilidad popular. Otro tanto diríamos, si hubiera espacio, de muchos otros cauces de las artes y de la cultura, incluyendo los medios masivos de comunicación social, de cuya decisiva importancia ya hemos hablado (I, n.8.1).
- En este orden de cosas habrá que constituir o potenciar las delegaciones diocesanas de medios de comunicación social, que inspiren el espíritu de la pastoral popular a las publicaciones o programas que les sean accesibles, muy en especial las más afectas a la Iglesia, que tienen más valor de testimonio, o al revés, de contrasigno. También habrán de cuidar la formación y difusión de noticias y comentarios, preparar técnicos y artistas que, en contacto con los medios populares, colaboren en la producción y la realización; finalmente, creemos importante elaborar un *programa regional religioso*, del que en cada momento, lugar y oportunidad se derivasen las programaciones locales.

15. LA PASTORAL LITÚRGICA: SIGNOS SAGRADOS Y VIDA POPULAR

15.1. Los símbolos litúrgicos

Los misterios cristianos han de ser verdaderamente celebrados por el pueblo. No será esto posible si no se tiene conciencia de los significados de los símbolos sagrados y si carece del sentido del mundo sacramental. Para educarlos, las formas litúrgicas han de resultar inteligibles y significativas, vistas con los ojos de la religiosidad popular y desde la vida popular.

Pero, al mismo tiempo, los ritos han de llevarse a cabo con toda la dignidad que exige la celebración litúrgica, sin debilitar ni falsear su intrínseca fuerza expresiva ni en el sentido que son esenciales a los signos del Ministerio de Cristo, introduciendo improvisaciones, espontaneidades emotivas o singularidades extravagantes. Es necesario el mayor respeto a los marcos, notablemente amplios, que ofrece la nueva disciplina de la Iglesia para el culto divino.

Dentro de dichos marcos litúrgicos, se han de buscar las formas más sencillas y directas, en las que el pueblo pueda sentir expresada e interpretada la experiencia de su vida real desde el ministerio de la vida en Cristo y pueda percibir el llamamiento de Dios a transformarla y elevarla, a la vez que sentirse animado por energías divinas, con conciencia de su valor dinámico. En una palabra: se han de buscar formas y expresiones que sitúen los sacramentos en su vida popular y le hagan verlos como lugares concretos del encuentro real del Pueblo con Dios, en medio de sus situaciones personales y colectivas y en lo más profundo y radical de ellas.

15.2. Iniciación sacramental

Se habrá de intensificar la pastoral presacramental, por los medios que se revelan más adecuados en cada caso y de acuerdo con las orientaciones de los directorios nacional y diocesanos. Hay que cuidar de darles, a nivel popular, un carácter eficaz de iniciación seria en los fundamentos de la vida “oculta con Cristo en Dios” (Col 3,3), partiendo del hecho de vida de que van a tomar personalmente parte activa en la celebración de un misterio de la salvación y de que también personalmente van a recibir una comunicación de las energías del Cristo Resucitado y unos dones del Espíritu del Señor.

15.3. Catequesis eucarística

Urge una renovada catequesis popular de la Eucaristía. De hecho, no constituye el centro habitual y consciente de la religiosidad popular. Entre los mismos fieles de misa y comunión frecuente abundan los que suelen acentuar el aspecto de práctica religiosa sobre el de identificación con Jesucristo y compromiso de caridad con los hermanos. Por otra parte, se observa que no crece la participación de la multitud en las tradicionales manifestaciones públicas de devoción eucarística, al menos en proporción con el aumento de la población.

Parece que se hace preciso encontrar nuevas formas y expresiones capaces de presentar al pueblo el misterio eucarístico, sobre todo en actos públicos. Entre las innumerables significaciones contenidas en el tesoro inagotable de este signo de los signos cristianos, se intentará partir de aquellos que mejor convengan a cada situación y a la sensibilidad popular, pero siempre para llevarla a una completa inteligencia y participación del misterio. Las asociaciones eucarísticas de la Iglesia están llamadas a jugar un papel específico en esta renovación del culto eucarístico, que les revitalizará a ellas mismas al propulsarlo.

15.4. Piedad mariana

La devoción a la Santísima Virgen ocupa un lugar preminente, si no central, en nuestro catolicismo popular, que, en el límite, podría parecer una regilión de la Virgen.

A la región andaluza se le suele llamar tierra de María Santísima. Son incontables las formas populares, las advocaciones, los lugares de devoción y los diversos sentimientos populares que se expresan con ellas. A partir de esta realidad se ha de evolucionar hacia una comprensión profunda del misterio de María, con todo lo que supone la Encarnación del Verbo de Dios en la humanidad, para llevar así al pueblo a Jesucristo y a seguirle como Salvador, comprometiéndose apostólicamente con El y con su Iglesia en la transformación cristiana de la sociedad. Corresponde a las asociaciones y cofradías marianas una particular responsabilidad en la renovación de las formas y en la elevación de los sentimientos populares, según las orientaciones de la instrucción apostólica *Marialis cultus*.

15.5. Celebración de las fiestas cristianas

La religiosidad popular es eminentemente festiva, como hemos dicho (I, n.6.4). Esto abre a la práctica de la pastoral litúrgica un vasto panorama de acción. Deberá cuidar sobremanera la adecuada celebración del Día del Señor y de las fiestas y solemnidades cristianas, teniendo muy en cuenta la realidad sociológica del “fin de semana”, que hoy constituye un nuevo hábito colectivo muy extendido.

Ha de ser capaz también de suscitar el poder de la imaginación creadora del pueblo para llegar a recrear la fiesta popular, especialmente en la barriadas urbanas y también en aquellos tipos de festejos en que más adulterado está siendo su genuino espíritu cristiano. Con el mismo ingenio, tacto y empeño, se ha de acometer la renovación de las manifestaciones masivas como procesiones, peregrinaciones, romerías, fiestas patronales, etc. Si a veces adolecen de ciertas rutinas o de ciertos abusos, tal vez se deba en parte a la falta de creatividad pastoral.

15.6. Las “devociones”

Las devociones privadas, muy fomentadas en épocas modernas por diversas congregaciones, cumplen sin duda una función legítima y necesaria de cauces para la piedad individual. Pero es preciso complementarla con la participación en la piedad comunitaria y litúrgica, según lo demanda la ecuación de equilibrio entre individuo y comunidad, que asegura la verdadera personalidad entre individuo y comunidad, que asegura la verdadera personalidad religiosa y humana.

Las devociones a determinadas imágenes, expresión típicamente popular de la actitud de “petición” y de la confianza popular en mediaciones religiosas sensibles, requieren un examen respetuoso, pero inteligente, con el fin de comprender qué sentimientos y demandas afectivo-religiosas satisfacen y cómo evitar la caída en desviaciones.

En todo caso, es necesario evitar que los fieles se queden estancados en el plano de la piedad sensible, de la devoción utilitaria o piedad de intereses, de la búsqueda de satisfacción de afanes psicológicos, exigencias de la emotividad, o seguridades de salvación y, en general, de las múltiples formas individualistas que suelen desentenderse de todo compromiso interpersonal o social con el prójimo.

15.7. Prudencia en renovación cultural

Se ha de actuar siempre con exquisita prudencia al introducir renovaciones en los

cultos y devociones populares, sin omitir jamás una debida catequesis o mentalización previa, tan prolongada como requiera la psicología de los fieles en cada caso. Igualmente hay que evitar toda precipitación o ligereza al suprimir formas imperfectas de devoción o al hacer su crítica para no dejar a los fieles en el vacío cuando aún no son capaces de asimilar expresiones litúrgicas o espiritualmente más perfectas, o no se han encontrado ni se está en condiciones de ofrecérselas. La transición renovadora es siempre un proceso delicado que requiere mucha comprensión, paciencia y firmeza, y también tomar medidas eficaces para que las nuevas formas no hagan surgir nuevas rutinas y defectos.

15.8. Formación para la oración

Hay que formar al pueblo para la vida de oración y de la contemplación interior a partir de su enorme capacidad de asombro y de confianza en el diálogo personal con Dios y con los intercesores del pueblo ante El: Jesús, María, los santos. Se han de tener muy en cuenta las difíciles condiciones ambientales de la vida popular y moderna, que se oponen al silencio, soledad, recogimiento. Igualmente hay que educar su sentido de discernimiento de la verdadera experiencia interior del Espíritu de Dios; habrá que partir de las situaciones o estados de ánimo en los que ha sentido su presencia, rectificando las desviaciones imaginativas y emocionales a las que tan vulnerable es la experiencia religiosa popular. En esta experiencia vivida (como hemos dicho en I, n.6.1), se alcanza el fondo más íntimo de la religiosidad popular y condición de la posibilidad de todas las formas de expresión en que pueda manifestarse. No comprenderemos esa profundidad si nos quedamos en pura crítica sobre expresiones externas o sus funciones sociales. El fundamento determinante de la religiosidad popular es, en última instancia, el ámbito religioso interior del hombre.

16. LA PASTORAL MISIONERA: COMPROMISO CRISTIANO Y CONCIENCIA POPULAR

16.1. Creación de “conciencia popular”

El catolicismo popular es un hecho social, pero las masas en que radica carecen, casi siempre, de conciencia colectiva o comunitaria de su situación y de su misión, de lo que llamaríamos “conciencia popular”, para distinguirlo de lo que se entiende comúnmente por conciencia social y por conciencia de clase. Nuestro pueblo, dotado de un alto grado de socialidad y de comunicabilidad, está muy poco asociado y en un estado general de pasividad popular. La pastoral popular ha de encontrar los modos de activar su espíritu asociativo, ayudarle a formar su conciencia popular y estimularle con enérgicos compromisos y testimonios de acción comunitaria y organizada, es decir, de apostolado asociado, de modo que se decida a entrar en estado de actividad, que no es lo mismo que entrar en tensión de conflictividad.

16.2. Los testimonios, más inteligibles para el pueblo

La pastoral popular debe interrogarse constantemente sobre el tipo de testimonios que desea y acepta cada uno de los medios populares y cuáles pueden hacer más significativo para ellos el Evangelio. Según las observaciones recientes, destaca el interés popular por el servicio cristiano a la educación y, en general, a todas las formas de promoción humana y cultural de las personas y las comunidades; destaca también el

aprecio por el testimonio de la acción caritativo-social (que la pastoral popular deberá orientar en el sentido de responsabilización y promoción que hoy preside esta función de la Iglesia); en tercer lugar, tiene fuerza el testimonio del compromiso cristiano colectivo en la verdadera liberación popular y transformación social; por último, cobran creciente significación los testimonios de nuevas formas religiosas y de espiritualidad que brotan en el seno del Pueblo de Dios y de los medios populares.

16.3. Religiosidad y acción social

El catolicismo popular ha de superar todo dualismo entre su religiosidad y la acción social de los cristianos para cumplir las exigencias del Evangelio. Una certera pastoral popular ha de comprender cómo se sitúa nuestro pueblo respecto de los problemas temporales y qué relación interna percibe entre su fe cristiana y la injusta situación que sufre.

Es muy importante hacer al pueblo consciente de las relaciones objetivas que se dan, de hecho, en las estructuras de nuestra sociedad, pero es más importante todavía el que tome conciencia cristiana de aquella relación subjetiva y radical, porque así se le abre el camino a la comprensión de esta síntesis fundamental cristiana: que en el esfuerzo histórico del Pueblo de Dios convergen y se resuelven en unidad vital valores tan aparentemente contrarios como la solidaridad con los oprimidos, la cruz y la pasión de Cristo en nosotros, la lucha colectiva por la liberación popular y la caridad con los hombres, a pesar de todo hermanos, contra cuya injusticia se lucha.

16.4. Hacia una liberación auténtica.

Es preciso difundir entre las masas populares los conceptos básicos de la actual doctrina de la Iglesia sobre la auténtica liberación humana y transformación social hacia estructuras de justicia. Nuestro catolicismo popular recibe crecientemente el impacto de otras concepciones ideológicas y prácticas, sin disponer de la adecuada ayuda, para la confrontación crítica a nivel popular, con sus convicciones religiosas, como hemos dicho (I, n.8.1). Si por un lado es indispensable liberar al catolicismo popular de cualquier tipo de manipulaciones interesadas por parte de los sistemas establecidos, por el lado opuesto hay que impedir que sea marcado e instrumentalizado por teorías sociales de signo mucho más totalitario que revolucionario.

16.5. Agente evangelizadores

Por lo que respecta a las instituciones y fuerzas vivas de la Iglesia que pueden y deben entrar en acción y colaborar en el proceso de evolución evangélica del catolicismo popular, como agente cualificadamente pastorales, queremos hacer aquí especial mención de los siguientes:

16.5.1 *Las parroquias*

Su papel puede ser decisivo, ya que actúan sobre grandes masas de fieles. Todos los problemas en este plano pueden resumirse en éste: Cómo hallar el equilibrio entre la pastoral del crecimiento cualificado de minorías y movimientos cristianos y la pastoral de acogida de la masa amorfa de fieles. Dicho de otra manera: Cómo hallar el equilibrio entre el exigir que el Evangelio sea conocido y vivido auténticamente, con la conversión

interior y la rupturas que le son inherentes, y el acoger y acompañar a las personas de la masa en su fe pobre, sin adulterar con inaceptables concesiones las exigencias del Evangelio, pero al mismo tiempo sin producirles rupturas que Dios no pide inmediatamente y que pueden ser irreparables.

El problema, traducido en términos de dedicación de los sacerdotes, ya sea la servicio indiferenciado a las masas de fieles, ya a la asistencia específica a los grupos minoritarios activos, alcanza a veces caracteres dramáticos, dada la insuficiencia numérica y la misma imposibilidad física de atender a tan múltiples oficios. Sin embargo, deben tratar de constituir núcleos parroquiales que, por así decirlo, “hagan más comunidad a la feligresía”, fermentos comunitarios que tomen participación y representación más activa y comprometida en las diversas responsabilidades que la parroquia tiene en la misión evangelizadora del pueblo.

16.5.2. Los religiosos y las religiosas

Desde siempre han representado un papel muy importante en la pastoral popular. Hoy más que nunca es necesaria su integración en ella, respetando sus específicos carismas y formas de vida, pero orientándolas al servicio de la evangelización, fin de todos los carismas eclesiales, ya sea a través de sus propios centros de culto y actividades apostólicas, ya sea en las parroquias y organizaciones apostólicas de la diócesis, ya diseminadas en pequeñas comunidades de barriada o zona rural.

Toda Orden, Congregación o Instituto religioso, por la fuerza misma de su vocación original, puede y debe constituir un movimiento profético de gran resonancia popular que presente al pueblo el testimonio cristiano de las bienaventuranzas del Reino de Dios vividas en este mundo. Con sólo renovar en su espíritu y en su vida comunitaria y apostólica esos carismas, los religiosos y las religiosas se encuentran inmediatamente abiertos y en conexión con el catolicismo popular y con los más puros sentimientos y anhelos religiosos del pueblo. De ahí la enorme importancia que, para bien y para mal, tienen sus actitudes y sus tareas en la evangelización del pueblo y el contrasigno que constituyen sus ataduras temporales con grupos impopulares.

16.5.3. Los movimientos apostólicos de los seglares

Son de urgente necesidad en nuestra región, donde no han alcanzado, por lo general, suficiente madurez de contenido ni fuerza de penetración en los respectivos ambientes; entre otras razones, por las anteriormente dichas (I, n.6 al 9). En consecuencia, se hace preciso potenciar, propulsar e incluso crear esos movimientos en los medios populares, en particular los movimientos obreros y rurales, de la juventud y de la familia y, con no menor urgencia, los movimientos de los profesionales e intelectuales. En orden a esta tarea, nos remitimos a las orientaciones que, para la promoción y desarrollo de la acción misionera del laicado, contienen los documentos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de España. Su acción no puede reducirse a las potenciación cristiana de grupos pequeños; debe trascender a la masa como fermento que vivifique y renueve el catolicismo popular.

16.5.4. Las hermandades y cofradías

Son instituciones típicas de nuestra región, muy extendidas y arraigadas por todos

los pueblos en muy diversas formas, además de las de tipo penitencial y Semana Santa. Esta corriente tiene mucha importancia para la evolución de nuestro catolicismo popular y para la imagen que del mismo se forma dentro y fuera de nuestra región; principalmente en algunas diócesis del Sur y, sobre todo, de la Baja Andalucía. Con satisfacción queremos alentar el esfuerzo renovador que ha brotado últimamente en el seno de muchas de esas cofradías y hermandades.

16.5.5. *Las pequeñas comunidades*

En nuestra región ha surgido, en los últimos años, multitud de pequeñas comunidades, ya de religiosos o religiosas, ya de seglares, que quieren hacer presente a los medios populares, y en identidad de género de vida, el modelo de la comunidad fraterna o del compromiso activo propuesto por el Evangelio. En algunos casos y ambientes, se abre a estas comunidades nuevas la responsabilidad de promover la evangelización popular y la educación en la fe de lo vecindarios, promoción que venía haciéndose muy difícil para las instituciones y por los procedimientos habituales. La eficacia de estas experiencias requiere una cuidada selección vocacional, porque no todas las personas que se creen llamadas a esta forma evangélica de vida y apostolado son aptas para asumir aquellas responsabilidades y riesgos.

Dada su novedad de vida y de modo de acción, es preciso garantizarles cauces constantes de asistencia doctrinal y práctica por parte de las comunidades mayores: parroquias, congregaciones religiosas, diócesis, etc., a las cuales ellas, por su parte, deben mantenerse abiertas en un auténtico espíritu de comunión eclesial. Se les ha de ayudar a constituir una red o movimiento coherente que pueda darles el necesario peso social específico, tanto en la Iglesia como en la sociedad. La pastoral ha de acoger y acompañar esta nuevas formas, sobre todo cuando aparecen con ánimo de promover el actual reencuentro de la Iglesia con el pueblo, de apoyar los nuevos valores de la vida de éste y de intentar expresarlos con un nuevo estilo de catolicismo popular de justicia y liberación. Supuesta la autenticidad de su vocación, unas veces consigue realizarla con mayor acierto que otras; pero tanto más comprometida ha de estar la Pastoral con ellas, en una actitud de servicio a la vez crítica y constructiva, cuanto crean haber avanzado más en su camino y parezcan hallarse en mayor riesgo de salirse del evangélico.

16.5.6. *Las instituciones pastorales diocesanas*

A ellas corresponde, por su propia naturaleza, un papel relevante en la promoción del catolicismo popular. Han de adecuar a ésta sus estructuras y crear los cauces que fueren necesarios para poner al servicio del proceso de renovación una progresiva participación popular en las instituciones pastorales. Habrá que acelerar los pasos previos para poder llegar a constituir en toda la región los consejos previstos en las disposiciones conciliares y posconciliares y las demás formas de participación de los seglares, religiosos y religiosas en los organismos y comisiones diocesanas. Hay que considerar, también, las posibilidades reales de establecer ministerios seglares en la pastoral según las necesidades concretas del pueblo a las que haya que responder. Darles responsabilidades en la acción pastoral diocesana pudiera ser uno de los cauces para que la creatividad popular configurase nuevas formas de religiosidad y con auténtico sentido eclesial y popular a la vez.

CONCLUSIÓN

Estos son los puntos principales de reflexión pastoral que alcanzamos a ver, por el momento, y que creemos útil proponer a todos los que, de un modo u otro, tienen nuestros mismos sentimientos de preocupación por la fe de nuestro pueblo, por las expresiones y manifestaciones en que aparece y por su futuro en nuestra región.

Repetimos, una vez más, que el presente documento no quiere ser otra cosa que una modesta aportación y una encarecida exhortación al trabajo de todos, para clarificar un hecho religioso tan complejo y para encontrar la actitud y el tratamiento pastorales más adecuados al esfuerzo de su promoción evangélica.

Jesucristo, Señor del Pueblo, nos ayude a todos, por intercesión de María Santísima, a quien tienen por Reino y Señora nuestras gentes, en nuestros propósitos.